

Conciencia crítica de la nación

Eugenia Meyer

De las aulas de la UNAM, de sus centros de investigación, de sus movimientos y propuestas, han surgido indudables aportaciones para el desarrollo político y social de nuestro país. Partiendo de esta premisa, la doctora Meyer, profesora emérita, nos ofrece una cartografía del pensamiento crítico universitario y los retos que enfrenta en el momento actual.

En nombre de los universitarios que recibimos el más alto reconocimiento al que profesores e investigadores podemos aspirar por parte de nuestra *Alma Mater*, agradezco esta distinción, que nos honra y nos obliga a reafirmar nuestro permanente compromiso con ella y con el país.

A escasos dos meses de que estallara la primera gran revolución social del siglo XX, y última democrática burguesa, la mexicana, Justo Sierra, a la sazón secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes del gobierno de Porfirio Díaz, al pronunciar el 22 de septiembre de 1910 el discurso en el acto de inauguración de la Universidad Nacional de México, insistía en que era menester integrar los logros de la ciencia a la nación, al tiempo que se mexicanizaba el saber, y así realizar una gran obra de cultura y de atracción de todas las energías de la República, aptas para la labor científica, de tal suerte que la institución pudiera considerarse nacional, íntimamente ligada al acontecer diario.

Con gran ilusión y un conmovedor nacionalismo, se imaginaba la nueva Universidad como “un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotare [...] se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber”.

Era el de Sierra un ideario de lo que debería ser la nueva Universidad —luego de haber logrado darle un carácter de obligatoriedad a la educación primaria, en un país que, con quince millones de habitantes, tenía más del 90 por ciento de analfabetas—, e insistió en la promoción del desarrollo integral de los jóvenes, el fortalecimiento de la voluntad sin egoísmos y, sobre todo, en “que se enseñase a pensar, investigando y pensando”.

Recuperando con orgullo nuestro pasado prehispánico, sin renegar del legado colonial, defendió ante los escépticos la idea de que la nueva Universidad podía ser



Protesta de Javier Barros Sierra como rector de la Universidad, Facultad de Ingeniería, 1966

una educadora, en el sentido integral de la palabra, no una mera productora de ciencia o intelectualizadora. Al realizar esa obra inmensa de cultura y de atracción de todas las energías de la República, la Universidad se haría merecedora del adjetivo “nacional”, y así podríamos demostrar que nuestra personalidad tiene raíces indestructibles en nuestra naturaleza sin olvidar vivir en íntima conexión con el movimiento de la cultura general. Asimismo, sus métodos, investigaciones y conclusiones deben ser probados en otros ámbitos, a fin de hacer universal el conocimiento generado por la Universidad.

Una Universidad de cara a la nación, al mundo, en forma nueva, independiente, puesto que, para don Justo, la Real y Pontificia pertenecía al pasado, ya que no tuvo una sola idea propia ni realizó un solo acto trascendental para la vida del intelecto mexicano. Ciertamente es que la antigua Real y Pontificia Universidad, que con el surgimiento de la nación fue testigo de la conmovedora lucha de los liberales por concluir con el dominio de la Iglesia y su injerencia en la educación de los mexicanos, habría de experimentar sus últimos estertores, traducidos en avatares diversos, clausuras y cierres, y una total parálisis desde 1833 hasta su definitiva desaparición en 1865, durante el imperio de Maximiliano. Éste, nobleza obliga, reconoció la loable tarea de los hombres de la Reforma y tomó la contundente decisión de suprimirla, por conservadora y por estar tan ajena a la realidad del país.

Quizás avizorando los tiempos aciagos, Justo Sierra quería vincular a la nueva Universidad con la sociedad. Paradójicamente, fue durante los años broncos cuando la Universidad empezó a involucrarse con el devenir histórico del país, y tornarse así en elemento sustantivo de la misma: engendra, participa y propone cambios, a partir del rectorado de José Vasconcelos, quien, con apenas dieciocho meses de gestión al frente de la novel institución, empieza por rebelarse ante lo que define como excesos de la educación positivista. Aclara entonces que

no venía “a trabajar por la Universidad, sino a pedir a la Universidad que trabaje por el pueblo”, sienta las bases del desarrollo y consolidación de nuestra máxima Casa de Estudios, de cara a la nación, y propicia con ello que los universitarios estén presentes y activos desde el proceso mismo de reconstrucción.

Fueron largas etapas de discusión al interior mismo de la Universidad, pero también años decisivos que la llevaron a buscar su autonomía, primero en 1929, y luego en los tiempos cardenistas, al reafirmar el carácter libre, soberano y laico, con la que fue dotada originalmente.

Vendrían los procesos de la Ley Orgánica y el Estatuto General de 1945, cuando el país entraba en esta etapa idílica del milagro mexicano: la UNAM vio nacer la Ciudad Universitaria. Poco a poco, de manera gradual, la institución adquirió un carácter más popular. Se defendió y se defiende la autonomía, la libertad de cátedra y de investigación, la pluralidad y la tolerancia, el compromiso y la independencia del conocimiento, como también la gratuidad y el irrenunciable carácter laico de la que debe entenderse como la conciencia crítica del país.

Con el desarrollo estabilizador, la Universidad se volvió mucho más abierta, quizá también más competitiva. Empezaron a crearse universidades estatales, igualmente laicas y gratuitas. Y surgió entonces una Universidad más plural, tal vez también mucho más involucrada con los cambios sociales y políticos de México. Por sobre todo fue un vehículo sustantivo de movilidad social. No estuvo ajeno a las grandes sacudidas sociales, a los movimientos reivindicatorios, como los de los ferrocarrileros, médicos, maestros, etcétera, que irremediablemente habrían de trastocar el estado de bienestar.

Prueba de ello, sin duda, es que los grandes cambios del siglo XX repercuten e incluso en ocasiones se generan a partir de la Universidad. Es incuestionable que el origen, desarrollo y desenlace del movimiento estudiantil del 68 localice su epicentro precisamente en la UNAM. Surge una crítica abierta al autoritarismo del gobierno. Allí, con el rector Javier Barros Sierra a la cabeza, los universitarios “salimos a la calle”, establecimos vínculos con otros estudiantes de diferentes instituciones, que se despojaron de banderías, resabios sociales y prejuicios de clase. El prohibido prohibir, el derecho a la discrepancia y la imaginación al poder del mayo francés tuvieron un eco significativo en el decurso que culminó con la matanza del 2 de octubre.

Desde entonces la Universidad insiste en expresar desacuerdos, opiniones, resistencias frente a la realidad nacional. Se genera un proceso de análisis e introspección que trastoca las raíces mismas de la institución. Los estudiantes y la comunidad toda adquieren una visión diferente e insisten en acabar con las estructuras verticales.

A partir de 1971 la Universidad verá un largo y continuo proceso participativo que aglutina a los estudiantes en expresiones diversas de inconformidad, en formas múltiples de rebeldía, a fin de ser tomados en cuenta, ser escuchados. Fueron épocas difíciles, que rompieron parcelas de poder y, también hay que señalarlo, generaron purgas académicas hacia el interior.

Se profesionalizó la academia, surgieron los concursos de oposición abierta y llegaron para quedarse formas diversas de democratización, al tiempo que nos enfrentamos con la necesidad de una Universidad en la cual el binomio calidad y cantidad debía encontrar vías de solución y de continuidad ascendentes.

La Universidad se universaliza, pero aquella que ideó y propuso Justo Sierra queda muy lejos de la actual, con más de trescientos mil estudiantes, en un país que excede los cien millones de habitantes, y que un siglo después del proyecto original de la Universidad no ha alcanzado los niveles educativos deseados y requeridos. Por ello se crearon otras vías de acceso a la educación superior. La UNAM ha formado orgullosamente los cuadros profesionales que el país demandó en sus varias etapas. Es así que la academia y la investigación traspasan fronteras hacia otros estadios del saber; surgen ámbitos nuevos de conocimiento con centros de análisis, interpretación y difusión de las ciencias y las humanidades.

Hoy los principios de la UNAM continúan siendo enseñar, aprender, avanzar en el saber, difundirlo, y defender invariablemente el uso del diálogo, la razón y el derecho, en la búsqueda de la verdad y el conocimiento de la realidad, promoviendo la equidad y la justicia, y aunque se la concibió originalmente como vía de movilidad social, este objetivo ha quedado rebasado, porque la realidad es que hoy el esfuerzo por generar una educación superior terminal no responde a las actuales circunstancias económicas y sociales del país. De hecho, si bien el ingreso a la Universidad está crecientemente restringido ante el exceso de demanda, los graduados encuentran cada vez más difícil ejercer su profesión de manera libre y productiva ante las cortapisas del mercado de trabajo, y propician que nuestros egresados con frecuencia ejerzan tareas que están muy por debajo de sus expectativas y capacidades.

Asimismo debemos aceptar que los prejuicios vigentes hacia la profesionalización técnica impidieron un mayor desarrollo, lo que promovió una notable escasez de técnicos calificados cuya demanda es creciente y no puede ser satisfecha. Seamos realistas, es inocultable que las nuevas generaciones no encuentran los espacios socioeconómicos que estamos obligados a ofrecerles.

Los retos del nuevo siglo, del nuevo milenio, son enormes; las necesidades y los problemas de la sociedad y de la nación apremian. Las soluciones parecen no serlo. Los problemas van en aumento: una desigualdad social

que avasalla y nos obliga a aceptar que la miseria lacera a más de la mitad de los mexicanos; el desempleo crece a pesar de los paliativos gubernamentales; los recursos naturales y el medio ambiente están significativamente deteriorados. Los sucesivos gobiernos, pese al imperativo constitucional e indeclinable de generar una mayor y mejor educación, han ido mermando en su interés y apoyo a las universidades públicas, al soslayar en formas diversas su compromiso permanente y el derecho irrenunciable de los mexicanos a una mayor y mejor educación, sin dádivas, sin condiciones, ni regateos.

Con el arribo del siglo XXI, la juventud, los estudiantes de educación media y superior empezaron a percibir que el futuro no les ofrecía espacios para su realización y desarrollo profesional. La inseguridad amenaza a todos y, casi al borde de la desesperación, tenemos que reconocer que nosotros, como profesores, como investigadores, no tenemos claro qué futuro ofrecer, menos aún promover, entre las nuevas generaciones, en buena parte contagiadas por la desesperanza.

Debemos seguir pensando la Universidad en función del México de hoy, de lo que queremos, para qué, cómo y cuándo. Es menester que se fortalezca el sentido de identidad y pertenencia de los universitarios con su país; que se enfatizen la calidad, humanismo, compromiso social y competencia científica y tecnológica, a fin de favorecer el cambio permanente. Es imperativo que la Universidad mantenga y fortalezca sus capacidades para conservar el liderazgo tradicional que nuestra institución ha tenido a lo largo de estos primeros cien años.

Los retos son muchos y muy variados para enfrentar la vertiginosa transformación del mundo, las nuevas tecnologías, y la globalización en que estamos inmersos. Estamos obligados a buscar e inventar formas, idear nuevas maneras de cambiar el destino, de proponernos un futuro mejor. Garantizar la calidad, la eficiencia y la pertinencia de la educación; adecuarnos a los acelerados cambios de modelos educativos, para lo cual debemos aprestarnos a realizar las transformaciones necesarias que nos permitan continuar a la vanguardia en la generación y transmisión de conocimiento, en el imperativo de que la UNAM se mantenga como la institución nacional de todos los mexicanos.

Muy a nuestro pesar tenemos que aceptar que las respuestas y las soluciones no son rápidas ni fáciles. Hay que inventar, crear, construir; hay que insistir en que la Universidad continúe con su tarea fundacional de pensar la nación y de ser permanentemente la conciencia crítica de la sociedad.

Texto leído el 14 de mayo de 2010 en la ceremonia de reconocimiento a Profesores e Investigadores Eméritos, nombrados por el Honorable Consejo Universitario.